

*Para mi padre, como muestra de mi cariño  
e inquebrantable admiración*

## Prólogo

*Bagdad, abril de 2003*

**L**a multitud empujaba en esos momentos con más fuerza, como si hubiera olido la sangre. Cargaron contra la zona porticada y empujaron con la suma de su peso las grandes puertas de roble hasta que se derribaron con estrépito. Cuando se precipitaron dentro, Salam avanzó con ellos. No fue una decisión voluntaria. Sencillamente, formaba parte de una fiera en movimiento compuesta por hombres, mujeres y niños, algunos incluso más pequeños que él. Eran una bestia colectiva que rugía poderosamente.

Irrumpieron en la primera sala, muy espaciosa. El cristal de las vitrinas brillaba con la luz plateada de la luna que atravesaba los altos ventanales. Hubo una breve pausa, como si la bestia estuviera recobrando el aliento. Salam y sus compañeros bagdadíes contemplaron la escena que se desplegaba ante ellos. El Museo Nacional de Antigüedades, que había sido uno de los orgullos de Saddam Hussein, rebosante de joyas de Mesopotamia, yacía a su disposición. No había un solo guardia a la vista. Hacía horas que los últimos miembros del personal del museo habían abandonado sus puestos, y los vigilantes habían huido al ver la turba que se acercaba.

Un mazo se estrelló contra un cristal y quebró el breve ins-

tante de silencio. Fue la señal. Un ruido ensordecedor se adueñó de la sala cuando uno tras otro, entre gritos, blandieron pistolas, mazas, hachas, palos y hasta trozos de metal arrancados de los coches convertidos en chatarra..., cualquier cosa que pudiera servirles para sacar aquellos valiosos objetos de sus urnas.

Las vitrinas fueron hechas añicos una tras otra. Las estatuas de marfil cayeron, las antiguas cerámicas se hicieron pedazos contra el suelo. En la sala, arropada normalmente por la quietud del museo, resonó el estruendo de la piedra y el vidrio al romperse y de los disparos de los más impacientes que hacían saltar a tiros las cerraduras que se les resistían. Salam se fijó en dos hombres bien vestidos que se aplicaban metódicamente con material profesional para cortar vidrio.

El suelo se estremecía con las sucesivas oleadas de gente que irrumpían en el museo; pasaban de largo por la primera sala y buscaban nuevos objetos que rapiñar en cualquier otro sitio. Chocaban con los ansiosos que salían, llevándose su precioso botín en carretillas, cochecitos de niño, bicicletas o en cajas y bolsas de plástico. Salam reconoció a un amigo de su padre; huía con el rostro arrebolado y los bolsillos repletos.

El corazón le latía a toda prisa. En sus quince años de vida no había visto a nadie comportarse de aquel modo. Hasta hacía bien poco, toda la gente a la que él conocía se movía despacio, con la cabeza gacha y los ojos vigilantes. En el Irak de Saddam Hussein más te valía no infringir las normas y no llamar la atención. Sin embargo, ahora, esa misma gente —sus vecinos— se dejaba llevar por un impulso salvaje, robaban cuanto podían y destruían el resto.

Metió la mano en una urna para coger un collar hecho de piedras preciosas de color ámbar y naranja pálido, pero alguien le sujetó la muñeca antes de que pudiera alcanzarlo: una mujer de mediana edad, de ojos llameantes, lo inmovilizó con la mano derecha mientras cogía el collar con la izquierda. Salam retrocedió unos pasos.

Pensó que era como el saqueo de una ciudad de la antigüedad: una orgía impulsada no por la lujuria, sino por la codicia, en la que los participantes satisfacían un apetito reprimido durante décadas. De repente lo empujaron otra vez hacia delante. Un nuevo grupo de saqueadores había llegado y se dirigía hacia la escalera.

Salam fue arrastrado por ellos cuando bajaron: había corrido el rumor de que el personal del museo había guardado las piezas más valiosas en los almacenes del sótano. Vio a un grupo de hombres alrededor de una puerta que acababan de arrancar de sus bisagras. Tras ella se veía una pared de bloques de hormigón; el cemento aún estaba fresco. Primero un hombre, luego dos, empezaron a aporrearla con mazos. Otros se les unieron utilizando barras de hierro e incluso los hombros. Entonces se volvieron hacia Salam.

—¡Vamos! —y le pasaron la pata metálica de una mesa.

La improvisada pared no tardó en ceder como un castillo de arena golpeado por una ola. El cabecilla del grupo se introdujo por el agujero y al instante empezó a reírse. Otros se le unieron rápidamente. Salam no tardó en ver la razón de su alegría. La estancia que había al otro lado de la pared estaba llena de tesoros: tallas en piedra de reyes y princesas, grabados de carneros y bueyes, estatuas de mujeres y deidades nubias, jarrones de cerámica, urnas y cuencos. Había zapatos de cobre, fragmentos de tapices y, en una pared, un friso en el que unos soldados luchaban en una guerra hacía mucho tiempo olvidada.

Salam llegó a ver algunas de las etiquetas pegadas en aquellos tesoros ocultos. Una identificaba una «Lira de la ciudad sumeria de Ur, con cabeza de toro dorada, fechada en 2400 a.n.e.». La lira no tardó en desaparecer. También leyó: «Cáliz tallado en piedra arenisca de Warka, fechado en 3000 a.n.e.». Salam vio cómo iba a parar al fondo de una bolsa de deporte. Hicieron falta dos hombres para mover una «Estatua representando al rey Entemena de Ur, fechada en 2430 a.n.e.», y un tercero para sa-

carla por el agujero de la pared. Salam recordó lo que le habían enseñado en el colegio: el Museo de Bagdad albergaba tesoros de más de cinco mil años de antigüedad. «Dentro de ese museo se halla no solo la historia de Irak, sino la historia de la humanidad», les había dicho el maestro.

Sin embargo, en esos momentos el museo parecía un mercado de verduras donde los clientes manoseaban los productos. Salvo que ahí no se trataba de tomates aplastados ni de pepinos medio podridos, sino de obras de arte y utensilios que habían sobrevivido desde los albores de la civilización.

Salam oyó gritos. Dos de los cabecillas del grupo discutían. Uno golpeó al otro y ambos se enzarzaron en una pelea y tiraron al suelo una estantería metálica llena de vasijas de terracota que se hicieron pedazos. Alguien sacó un cuchillo; un hombre dio un fuerte empujón a Salam por la espalda, hacia el tumulto. Instintivamente, el chico se revolvió, salió a toda prisa por la abertura de la pared y echó a correr.

Bajó por la escalera, oía alboroto en cada piso. Cada una de las dieciocho galerías del museo estaba siendo objeto de pillaje. El ruido lo asustó.

Siguió bajando, planta tras planta, hasta que consiguió dejar atrás a la multitud. Nadie se molestaba en llegar tan abajo habiendo arriba tantos objetos valiosos al alcance de la mano. Allí estaría a salvo de la muchedumbre.

Empujó una puerta, y esta se abrió suavemente. En la penumbra vio unas cuantas cajas que alguien había volcado y cuyo contenido estaba desparramado por el suelo. Quienquiera que fuese el responsable había hecho bien en no entretenerse allí: no era más que un despacho. Vio unos cuantos cables arrancados que colgaban como las raíces de un árbol derribado. Alguien había robado el teléfono, el fax y había dejado el resto.

Tal vez se les había pasado algo por alto, pensó Salam. Abrió los cajones de la mesa con la esperanza de encontrar una estilo-

gráfica de oro o una caja con monedas. Pero lo único que encontró fueron papeles viejos.

Le quedaba un cajón grande por abrir. Tiró y lo dejó estar. Cerrado.

Se encaminaba hacia la puerta cuando el pie se le enganchó en algo. Miró hacia abajo y vio una piedra del suelo que parecía estar suelta. Su mala suerte de siempre. Las demás eran lisas y regulares. Sin pensar en lo que hacía, metió los dedos en las ranuras y levantó la losa. Estaba demasiado oscuro para ver nada, de modo que tanteó con la mano y se le hundió en un agujero estrecho y profundo.

Entonces notó algo duro y frío al tacto. Una caja de latón. ¡Por fin dinero!

Tuvo que tumbarse, con la mejilla pegada al suelo, para llegar al fondo del agujero. Sus dedos se esforzaron por aferrar su presa. Le costó levantar la caja, pero al final consiguió sacarla. Estaba cerrada, pero su contenido era demasiado silencioso para tratarse de monedas y demasiado pesado para que fueran billetes.

Se levantó y miró alrededor en la penumbra hasta que vio encima de la mesa lo que le pareció un abrecartas. Clavó la punta en la delgada hojalata de la tapa e hizo palanca contra el metal. Repitió la operación en todo un lado de la tapa y abrió la caja como si fuera una lata de alubias. La volcó y consiguió que saliera el objeto que había dentro. El corazón le palpitaba al galope.

Pero nada más verlo se llevó un chasco. Se trataba de una tablilla de barro con algunos garabatos grabados, como tantas otras que había visto aquella noche, muchas de las cuales habían acabado hechas trizas en el suelo. Salam estaba a punto de dejarla allí cuando de repente dudó. Si alguien del museo se había tomado tantas molestias para esconder aquel trozo de barro seco, quizá tuviera algún valor.

Subió corriendo por la escalera hasta que vio la luz de la

luna. Había salido a la parte de atrás del museo, donde vio una nueva multitud de saqueadores que se abrían paso. Esperó a ver un hueco y salió por las puertas medio desencajadas. Corriendo como un loco, se perdió en la noche de Bagdad llevando consigo un tesoro cuyo verdadero valor nunca llegaría a conocer.

*Tel Aviv, sábado por la noche. Varios años después*

Allí estaba la muchedumbre de siempre: los radicales de izquierda, los hombres con el pelo largo después de haber pasado un año viajando por la India, las chicas con *piercings* de diamantes en la nariz; la gente que siempre acudía a aquellos encuentros de los sábados por la noche. Juntos cantarían las conocidas canciones —«Shir l'shalom», *Canción por la paz*— y sostendrían los símbolos de siempre: las velas, abrigadas por las manos; o los retratos de Yitzhak Rabin, el héroe asesinado que había dado su nombre a aquel pedazo de terreno sagrado años atrás. Formarían un círculo en el centro de la plaza Rabin y repartirían panfletos y pegatinas o tocarían sus guitarras y las melodías flotarían en el cálido aire de la noche mediterránea.

Fuera de lo que era el núcleo principal, había rostros nuevos y menos conocidos. Para los veteranos de aquellas reuniones pacifistas, la visión más sorprendente eran las filas de *Mizrachim*, los judíos norteafricanos de clase trabajadora que habían llegado a pie o haciendo autoestop desde algunos de los rincones más pobres de Israel. Desde siempre se contaban entre los votantes de tendencia más dura. «Conocemos a los árabes», decían, refiriéndose a sus raíces en Marruecos, Túnez o Irak,

«sabemos cómo son». Duros y siempre alerta ante sus vecinos palestinos, la mayoría de ellos solían mofarse de los izquierdistas que acudían a esas manifestaciones. Sin embargo, allí estaban.

Las cámaras de televisión —de la TV israelí, la BBC, la CNN y el resto de principales cadenas internacionales— recorrieron la multitud, descubriendo más rostros inesperados y banderas con lemas en ruso agitadas por emigrantes judíos llegados de la antigua Unión Soviética, otro sector habitualmente partidario de la línea dura. Un cámara de la NBC encuadró una toma que hizo que su director soltara un silbido de entusiasmo: un hombre tocado con una kipá, el casquete de los judíos practicantes, junto a una mujer negra de origen etíope, ambos rostros iluminados por el resplandor de las velas que sostenían.

Unas cuantas filas más atrás había un hombre mayor en el que las cámaras no se habían fijado. No sonreía, y su rostro estaba contraído por una expresión de determinación. Se palpó bajo la chaqueta: seguía allí.

En la plataforma erigida provisionalmente para la ocasión había una hilera de reporteros que describían la escena para las audiencias de todo el globo. Uno de ellos, estadounidense, hablaba más alto que los demás.

—Estamos con ustedes en Tel Aviv en la que se considera una noche histórica para los israelíes y los palestinos. Dentro de unos días los dirigentes de ambos pueblos se reunirán en Washington, en los jardines de la Casa Blanca, para firmar un acuerdo que pondrá punto final a más de un siglo de conflictos. En estos momentos, las dos partes están hablando a puerta cerrada en Jerusalén, a menos de una hora de aquí, tratando de llegar a un acuerdo sobre lo que será la letra pequeña del tratado de paz. ¿Y dónde se desarrollan esas conversaciones? Bien, Katie, el lugar no podría ser más simbólico: se trata de Government House, el antiguo cuartel general de los británicos cuando gobernaban el territorio, y se alza en el límite que separa el Jerusa-

lén Oriental, predominantemente árabe, de la parte oeste de la ciudad, básicamente judía.

»Pero esta noche la acción está aquí, en Tel Aviv. El primer ministro israelí ha convocado esta manifestación para decir “*Ken l’shalom*”, o “Sí a la paz”, una iniciativa política destinada a demostrar al mundo y a los escépticos dentro de su propio país, que cuenta con el respaldo necesario para llegar a un acuerdo con el enemigo histórico de Israel.

»Hay militantes de la oposición que afirman, enojados, que el primer ministro no tiene derecho a realizar las concesiones que se rumorea están sobre la mesa: devolver los territorios de Cisjordania, desmantelar los asentamientos judíos de los territorios ocupados y, sobre todo, dividir Jerusalén. Este último punto, Katie, constituye el principal escollo. Hasta el momento Israel había insistido en que Jerusalén debía seguir siendo su capital, como una ciudad unida, para toda la eternidad. Para los enemigos del primer ministro, así lo disponen las Sagradas Escrituras, y él está a punto de quebrantarlo, pero... Espera un momento, Katie. Creo que el mandatario israelí acaba de llegar...

Una corriente de energía agitó a la multitud cuando miles de rostros se volvieron para mirar hacia el escenario. El viceprimer ministro se acercó a los micrófonos entre educados aplausos. Aunque nominalmente era colega de partido del primer ministro, la multitud allí presente sabía que había sido desde siempre uno de sus más enconados rivales.

Habló demasiado, y solo consiguió ovaciones cuando dijo: «En conclusión...». Por fin, presentó al jefe, repasó sus logros, lo alabó como hombre de paz y luego tendió la mano y le pidió que subiera al estrado. Cuando el primer ministro apareció, la multitud estalló. Al menos treinta mil personas prorrumpieron en gritos y aplausos. Lo que expresaban no era afecto por él, sino por lo que se disponía a hacer, por lo que, según la opinión general, solo él podía hacer. Nadie más tenía credibilidad para llevar a cabo los sacrificios necesarios. En cuestión de días, al me-

nos así lo esperaban todos, él pondría fin al conflicto que había marcado la vida de cada uno de ellos.

Tenía casi setenta años, era un héroe de cuatro guerras israelíes. Si hubiera lucido las medallas recibidas, no le habría bastado con una sola americana para prenderlas. Sin embargo, el único indicio de su paso por el ejército era la marcada cojera de su pierna derecha. Llevaba más de veinte años en la política, pero seguía pensando como un soldado. La prensa siempre lo había descrito como un halcón, perennemente escéptico ante los pacifistas y sus planes. Pero en esos momentos las cosas eran distintas, se dijo a sí mismo. Había una oportunidad.

—Estamos cansados —dijo, acallando a la multitud—. Estamos cansados de luchar todos los días, cansados de llevar el uniforme de soldados, cansados de enviar a nuestros hijos, chicos y chicas, a que empuñen un fusil o conduzcan un tanque cuando apenas han terminado el colegio. Luchamos, luchamos y luchamos, pero estamos cansados. Estamos cansados de gobernar a otra gente que nunca ha querido que la gobernáramos.

Mientras hablaba, el hombre que no sonreía se abrió paso entre la multitud; respiraba pesadamente. «*Slichá*», repetía una y otra vez al tiempo que empujaba sin miramientos un brazo o un hombro para apartarlo de su camino: «Disculpe».

Tenía el cabello plateado y pecho de tonel. No era más joven que el primer ministro y su avance entre aquel gentío lo estaba agotando. Tenía el cuello de la camisa manchado de sudor. Parecía como si pretendiera coger un tren a punto de salir.

Llegó cerca de las primeras filas y siguió empujando. El agente de seguridad vestido de paisano situado en la tercera fila del público fue el primero que se fijó en él. De inmediato susurró un mensaje en el micrófono que llevaba en una manga. Eso alertó a los guardias de seguridad que acordonaban el escenario, quienes buscaron de inmediato su rostro entre el gentío. No tardaron en localizarlo. No hacía el menor esfuerzo por pasar inadvertido.

En esos momentos el oficial de paisano se hallaba a pocos pasos de distancia.

—*Adoni, adoni* —llamó. «Señor, señor.»

Entonces lo reconoció.

—¡Señor Guttman! —gritó—. ¡Señor Guttman, por favor!

Al oír aquello la gente se volvió. También ellos lo reconocieron. El profesor Shimon Guttman, erudito y visionario, o agitador de extrema derecha y charlatán, dependiendo del punto de vista. Siempre presente en las tertulias de la radio y la televisión. Se había hecho famoso meses antes, cuando Israel se retiró de Gaza y él acampó en la azotea de un asentamiento judío para gritar que era un crimen que los soldados israelíes tuvieran que devolver las tierras a los árabes, que no eran más que terroristas, ladrones y asesinos.

Siguió avanzando, pasó junto a una mujer que llevaba un niño sobre los hombros.

—¡Señor, deténgase ahora mismo! —le advirtió el guardia. Guttman no le hizo el menor caso.

El agente empezó a abrirse paso hacia él a través de un grupo de adolescentes. Pensó en desenfundar su arma, pero decidió que no; eso desencadenaría el pánico colectivo. Volvió a llamar a Guttman y su voz quedó ahogada instantáneamente por la salva de aplausos.

—Nosotros no queremos a los palestinos, y ellos no nos quieren a nosotros —decía el primer ministro—. Nunca los querremos, y ellos tampoco nos querrán.

El agente se encontraba todavía a tres filas de Guttman, que avanzaba hacia el estrado. Estaba justo detrás del viejo. Una zancada más y podría agarrarlo. Pero la multitud era más compacta en aquella zona, y cada vez le costaba más abrirse paso. Se puso de puntillas, se echó hacia delante, rozando su hombro.

Guttman había llegado a una distancia del estrado desde donde hacerse oír. Alzó la vista y miró al primer ministro, que se acercaba al momento culminante de su discurso.

—¡Kobi! —gritó, llamándolo por un apodo hace mucho olvidado—. ¡Kobi! —Los ojos se le salían de las órbitas y tenía el rostro muy colorado.

Los agentes de seguridad estaban rodeándolo: dos a cada lado y el primero que lo había visto, detrás. Estaban listos para saltar sobre él, para reducirlo en el suelo tal como los habían entrenado, cuando un sexto agente que se hallaba a la derecha del estrado detectó un movimiento repentino. Tal vez solo fuera un saludo, resultaba imposible asegurarlo, pero Guttman, sin dejar de mirar fijamente al primer ministro, parecía estar metiendo la mano bajo la chaqueta.

El primer disparo fue directamente a la cabeza, tal como lo había practicado cientos de veces. Tenía que ser en la cabeza para asegurar una parálisis inmediata. Nada de movimientos reflejos que pudieran activar una bomba suicida; nada de segundos de agonía que el sospechoso pudiera aprovechar para apretar el gatillo. El cráneo de Guttman estalló como una sandía madura, salpicando sangre y sesos a cuantos estaban alrededor.

En cuestión de segundos habían sacado del estrado al primer ministro, rodeado por una nube de agentes de seguridad que lo empujaban hacia el coche. La multitud, que treinta segundos antes sonreía y aplaudía, temblaba presa del pánico. Los de las primeras filas gritaban mientras intentaban alejarse corriendo de la horrible vista del cadáver. Cogiéndose de los brazos, la policía formó un cordón de seguridad alrededor del cuerpo de Guttman, pero era casi imposible retener la presión de la multitud. La gente gritaba y pateaba en el desesperado intento de alejarse.

Dos oficiales del ejército del séquito del primer ministro se abrían paso en sentido contrario, decididos a romper el improvisado cordón y llegar hasta el presunto asesino. Uno de ellos mostró una placa de identificación al policía más cercano y luego se deslizó bajo su brazo y entró en el círculo formado alrededor del cuerpo.

Apenas quedaba nada de la cabeza del hombre para identificarlo, pero el resto del cuerpo estaba casi intacto. Se había desplomado boca abajo, y el oficial dio la vuelta al cadáver. Lo que vio lo dejó pálido.

No fueron las cuencas sin ojos ni el cráneo astillado; había visto eso antes. Fueron las manos o, mejor dicho, la mano derecha. Seguía cerrada, pero no alrededor de una pistola sino de un pedazo de papel que se había manchado de sangre. Ese hombre no había intentado sacar un revólver, sino una nota. Shimon Guttman no quería matar al primer ministro. Quería decirle algo.

*Washington, domingo, 9.00 h*

**G**ran día el de hoy, cariño.

—¿Mmm?

—Vamos, cielo. Es hora de levantarse.

—¿Mmm?

—Está bien. A la una, a las dos, a las tres y vamos... ¡sábanas fuera!

—¡Eh!

Maggie Costello se incorporó, agarró el edredón y volvió a taparse; esta vez se aseguró de que se cubría también la cabeza. Odiaba madrugar y consideraba que el rato que remoloneaba en la cama los domingos formaba parte de sus derechos constitucionales.

Pero Edward, no. Seguramente ya llevaba un par de horas levantado. No era así cuando se conocieron. En África, en el Congo, era tan trasnochador como ella; pero cuando volvieron, se adaptó muy deprisa. Era un hombre de Washington que salía de casa justo pasadas las seis. A través de un ojo, entrecerrado y hundido en la almohada, Maggie consiguió ver que iba vestido con un pantalón corto para correr y un suéter, ambos sudados. Ella seguía medio inconsciente, y él ya había vuelto de correr por el parque Rock Creek.

—¡Vamos, levanta! —le gritó Edward desde el cuarto de baño—. He organizado todo el día para amueblar este apartamento. Primero, Crate & Barrel; luego, Bed, Bath & Beyond; y por último, Macy's. Lo tengo todo planeado.

—Todo el día no —murmuró Maggie, sabiendo que él no la oiría. Ella tenía una reunión por la mañana, el margen que solía conceder a los clientes que nunca podían quedar entre semana.

—La verdad es que todo el día no —gritó Edward, haciéndose oír por encima del ruido de la ducha—. Tú antes tienes una reunión, ¿te acuerdas?

Maggie se hizo la sorda y, todavía en posición horizontal, cogió el mando del televisor. Si no tenía más remedio que despertarse a aquella hora espantosa, por lo menos le sacaría algún provecho: el programa de entrevistas de los domingos. Cuando sintonizó el canal de la ABC, el resumen de las noticias ya había empezado.

—«El nerviosismo reina a esta hora en Jerusalén después de los actos de violencia que ayer empañaron la manifestación a favor de la paz y durante la cual el primer ministro pareció ser el objetivo de un intento de asesinato. Se teme el impacto que estos últimos acontecimientos puedan tener en las negociaciones de paz para Oriente Próximo, de las cuales se espera que tengan un resultado...»

—Cariño, en serio, estarán aquí dentro de nada.

Maggie cogió el mando y subió el volumen. Las noticias seguían, y la conexión saltaba entre los corresponsales de Jerusalén y la Casa Blanca, que explicaban que el gobierno de Estados Unidos estaba tomando las medidas necesarias para que los interlocutores no perdieran los nervios y siguieran negociando.

«Menuda pesadilla», se dijo Maggie. De repente un suceso externo amenazaba con echar por tierra toda la confianza conseguida, todos los progresos logrados a fuerza de paciencia. Imaginó a los mediadores que habían llevado a israelíes y palestinos

hasta ese punto. No los grandes nombres en política, el secretario de Estado o el ministro de Asuntos Exteriores que salían a la palestra en el último minuto, sino los negociadores entre bambalinas, los que hacían el trabajo duro durante meses e incluso años antes. Se imaginó su frustración y su angustia. «Pobres cabrones.»

—«El tiempo que se prevé en la costa Este hasta las nueve y cuarto...»

—¡Oye, que estaba viendo eso!

—No tienes tiempo. —Edward se secaba con la toalla frente al televisor, tapándole la vista de la pantalla, como si así subrayara sus palabras.

—¿Por qué ahora, de repente, te preocupas tanto por mi horario?

Él dejó de frotarse con la toalla y se volvió zalamero hacia Maggie.

—Porque me preocupo por ti, cariño, y no quiero que comiences el día con mal pie. Si empiezas tarde, llegas tarde. Deberías darme las gracias.

—De acuerdo —repuso Maggie mientras tiraba de sí misma hacia arriba—. Gracias.

—Además, ya no tienes que estar pendiente de este asunto. Ahora ya no es tu problema, ¿no?

Maggie lo miró: qué diferente era del hombre con unos chinos y un polo arrugado que había conocido tres años antes. Seguía siendo atractivo; sus facciones eran fuertes y masculinas. Sin embargo, desde que se trasladaron a Washington, Ed se había «aseado»; así lo habría expresado Maggie en sus días de colegio en Dublín. Trabajaba en el departamento de Comercio, era especialista en comercio internacional y siempre iba bien afeitado; camisas de Brooks Brothers recién planchadas y zapatos relucientes. Se había convertido en una criatura de Washington, no muy diferente de los sosos jóvenes blancos a los que veían en los *brunches* y en las fiestas a las que acudían desde que él era una

pieza más del Washington oficial. En esos momentos, solo ella sabía que bajo ese pulcro exterior se ocultaba un hombre idealista, despreocupado por su aspecto, que había colaborado con una organización humanitaria repartiendo comida, y del que ella se había enamorado.

No empezaron a salir juntos enseguida porque a ella la trasladaron a Sudamérica poco después de que se conocieran. Cuando Maggie volvió a África, él estaba en los Balcanes. Así eran las cosas para las personas como ellos, una combinación de trabajo y azar. De modo que todo quedó en una chispa, en un «quizá algún día», hasta que volvieron a encontrarse en el continente africano. De eso hacía un año. Ella estaba atravesando la resaca de un episodio del que casi nunca hablaban, y él la rescató. Nunca se lo agradecería bastante.

Se metió medio dormida bajo la ducha y no había acabado de secarse cuando sonó el interfono: sus clientes aguardaban en la puerta del edificio. Les abrió la puerta. Teniendo en cuenta el trayecto en el ascensor, le quedaba más o menos un minuto para vestirse. Se recogió rápidamente el pelo en una cola de caballo y se puso un suéter holgado que le llegaba hasta las perneras de los vaqueros; luego abrió a toda prisa el armario y cogió los primeros zapatos planos que vio.

El tiempo justo de echarse un vistazo en el espejo de la entrada: nada demasiado fuera de lugar, nada en lo que fijarse. Eso se había convertido en una costumbre desde que llegó a Washington. «Vestirse para desaparecer», había dicho Liz, su hermana pequeña, cuando pasó por allí a visitarla. «Mírate —le dijo—. Todo negro y gris y jerséis en los que cabría una familia numerosa. Te vistes como si estuvieras gorda, ¿lo sabías? Tienes un tipazo increíble pero nadie lo sabe. Es como si tu cuerpo fuera una obra clandestina.» Liz, aspirante a escritora y *blogger* se rió de su propia broma.

Maggie le dijo que se fuera a paseo, aunque sabía que su hermana tenía razón. «Es mejor para el trabajo —se había justi-

ficado—. En la mediación entre parejas, el mediador debe ser como un cristal, de modo que el hombre y la mujer puedan mirar a través de él y verse mutuamente en lugar de verte a ti.»

Pero Liz no quedó convencida. Supuso que Maggie había sacado aquella bobada de algún manual. Y tenía razón.

De todas maneras, Maggie tampoco se atrevió a declarar que esa nueva apariencia era también la que prefería su pareja. Al principio con discretas sugerencias y después más abiertamente, Edward la había animado a que se recogiera el pelo y descartara las camisetas ceñidas, los pantalones ajustados y las faldas por encima de la rodilla que habían sido su vestuario urbano. Tenía un argumento para cada ocasión —«Este color te sienta mejor»; «Creo que esto es más apropiado»—, y parecía sincero. Sin embargo, todas sus intervenciones apuntaban en la misma dirección: más discreta, menos sexy.

Pero Maggie no le diría una palabra de todo aquello a Liz. Su hermana, que había sentido desde el principio un absoluto e irracional rechazo hacia Edward, no necesitaba más munición. Además, no habría sido justa con él. Si Maggie había cambiado su forma de vestir, había sido por decisión propia, en parte tomada por una razón que nunca había compartido ni compartiría con Liz. Antes Maggie vestía sexy, para qué negarlo. Pero ¿adónde la había llevado eso? No volvería a cometer el mismo error.

Abrió la puerta a Kathy y Brett George y los hizo pasar a la habitación que reservaba para esas tareas. Ambos formaban parte del programa para parejas puesto en marcha por las autoridades del estado de Virginia, un nuevo sistema de «enfriamiento» que obligaba a los matrimonios a someterse a mediación matrimonial antes de que les concedieran el divorcio. Normalmente, en seis sesiones el matrimonio acordaba los términos de la ruptura, no hacía falta recurrir a abogados y se ahorraban disgustos y dinero. Al menos esa era la teoría.

Les indicó que tomaran asiento y les recordó dónde lo habían dejado la semana anterior y qué cuestiones seguían pendientes. Entonces, como si hubiera disparado el pistoletazo de salida, marido y mujer la emprendieron el uno contra el otro con una ferocidad que no se había repetido desde el primer día.

—Cariño, estoy dispuesto a darte la casa, y de paso también el coche. Solo pongo unas condiciones...

—Que me quede en casa cuidando a tus hijos.

—A nuestros hijos, Kathy, a nuestros hijos.

Tendrían unos cuarenta años, tal vez siete u ocho años más que Maggie, pero podrían ser de otra generación, por no decir de otro planeta. Maggie escuchó sin entender las discusiones sobre a quién correspondía el uso de la casa de veraneo de New Hampshire, lo cual dio paso a una agria disputa sobre si Kathy había sido una buena nuera para el padre de Brett cuando el viejo se puso enfermo, a lo que Kathy respondió que Brett siempre se había mostrado descortés cuando sus padres habían ido a visitarla.

Estaba harta de los George. Los dos se habían sentado en el sofá y se habían atizado mutuamente durante cuatro semanas consecutivas sin prestar la menor atención a lo que ella les decía. Lo había intentado por la vía discreta, diciendo poco y asintiendo de vez en cuando; lo había intentado implicándose e interviniendo en todos los aspectos de las discusiones, dirigiéndolas y canalizándolas como si fueran un torrente que atravesara la habitación. Ese segundo método era el que prefería: intervenir con sus propias preguntas y sus opiniones, sin importarle que aquella rata sabia arrugara la nariz ni que aquel gallito estirado pusiera mala cara. Pero tampoco había funcionado. Seguían acudiendo a su consulta tan confusos como al principio.

—Maggie, ¿ves lo que hizo este hombre? ¿Ves lo que hace?

Escuchar a aquella pareja hacía que Maggie se preguntara con desesperación por qué se había metido en aquel lío. En su momento le pareció que tenía sentido. El puesto decía «Media-

dora», y eso era ella. De acuerdo, no era precisamente el campo al que estaba acostumbrada pero una mediación era una mediación, ¿no? ¿Tan diferente podía ser? Además, no soportaba la idea de volver al trabajo de antes. Desde que había visto lo que te podía ocurrir si fracasabas, le tenía miedo.

Aun así, si aquella pareja no era capaz de convencerla de que había cometido un terrible error, que Dios bajara y lo viera.

—Escucha, Maggie, espero que esto quede bien claro: estoy más que dispuesto a pagar la pensión que consideremos razonable. No soy ningún tacaño. Firmaré el cheque ahora mismo. Solo pongo una condición...

—¡Quiere controlarme!

—Mi condición, Maggie, es muy, muy simple: si Kathy quiere recibir mi dinero para la educación de nuestros hijos; en otras palabras, si quiere que de verdad yo le pague para que cuide de ellos, entonces exijo de ella que no se dedique a otro trabajo al mismo tiempo.

—¡No está dispuesto a pagar la alimentación de los niños a menos que renuncie a mi carrera profesional! ¿Has oído eso, Maggie?

Maggie percibió en el tono de Kathy algo que no había notado antes. Cual sabueso olfateando una nueva pista, decidió seguirla a ver adónde conducía.

—¿Y por qué va a querer que renuncies a tu profesión, Kathy?

—¡Vaya, esto es ridículo!

—Disculpa, Brett, pero la pregunta se la he hecho a Kathy.

—No lo sé. Dice que es mejor para los niños.

—Pero tú crees que es por otra cosa.

—Sí.

—¡Por el amor de Dios!

—Sigue, Kathy.

—A veces me pregunto si..., si Brett no prefiere que yo dependa de él.

—Ya veo. —Maggie se dio cuenta de que Brett guardaba silencio—. ¿Y por qué puede querer algo así?

—No lo sé. Quizá le guste que sea débil... Tú sabes que su primera mujer era alcohólica, ¿verdad? ¿Y sabías también que tan pronto como ella se puso bien él la dejó?

—Es indigno que mezcles a Julie en esto.

Maggie no dejaba de tomar notas sin dejar de mirar a la pareja. Era un truco que había aprendido tiempo atrás, en negociaciones de otro tipo.

—Edward, ¿qué tienes que decir a todo esto?

—¿Cómo?

—Lo siento, Brett. Disculpa. Brett, ¿qué opinas de esto, de la idea de que, de algún modo, intentas que Kathy sea débil? Creo que esa ha sido la palabra que ha utilizado, «débil».

Brett habló un momento, refutó la acusación e insistió en que llevaba dos años queriendo separarse de Julie, pero que consideró que no estaba bien hacerlo hasta que ella se hubiera recuperado. Maggie asentía, pero la verdad era que estaba distraída. Primero porque el interfono había sonado mientras Brett hablaba y a continuación había oído varias voces masculinas, la de Edward y las de otros hombres que no reconoció. Y, por el ridículo desliz de su lengua. Se preguntó si Brett y Kathy se habían dado cuenta.

Lamentando haber abordado aquel tema —territorio de un terapeuta más que de un mediador—, Maggie decidió cambiar radicalmente de enfoque. «Muy bien —se dijo—, tenemos que pasar a la fase final.»

—Brett, ¿cuáles son tus líneas rojas?

—¿Perdón?

—Sí, tus líneas rojas; las cosas en las que no estás dispuesto a transigir bajo ninguna circunstancia. Toma. —Le entregó una libreta y un lápiz, demasiado bruscamente para el gusto de Brett—. Y tú también, Kathy. Vuestra línea roja. Adelante. Ponedlo por escrito.

Pocos segundos después, los dos estaban escribiendo. Maggie se sintió como si estuviera otra vez en el colegio, en Dublín. El verano, la temporada de exámenes, las monjas merodeando para asegurarse de que no copiaba del Mairead Breen. Solo que en esos momentos ella era una de las monjas. «Por fin un momento de tranquilidad», pensó.

Observó a la pareja que tenía delante: dos personas que en su momento se habían enamorado tanto que habían decidido compartirlo todo, incluso engendrar tres nuevas vidas. Cuando se había encontrado de nuevo con Edward después de..., después de todo lo que había pasado, había soñado con un futuro parecido para ella. No más zonas de guerra, no más salas de reuniones anónimas, no más jornadas de veinticuatro horas a base de café y cigarrillos. Después de haber cruzado los treinta, por fin sentaría la cabeza y tendría una vida de familia. Sí, lo haría quince años más tarde que sus compañeras de colegio, pero tendría una familia y una vida.

—¿Has acabado, Brett? ¿Y tú, Kathy?

—Es que hay un montón de cosas que poner.

—Recordad, no todo es una línea roja. Hay que ser selectivo. Bien, Kathy, dinos tus tres líneas rojas.

—¿Tres? ¿Estás de broma?

—Recuerda que he dicho «selectivo».

—Está bien. —Kathy empezó a mordisquear el extremo del lápiz hasta que se dio cuenta y se lo sacó de la boca—. Dinero para los niños. Los niños deben tener una seguridad económica absoluta.

—De acuerdo.

—Y la casa. Debo quedarme con la casa para que los niños tengan sensación de continuidad.

—Una más.

—Plena custodia de los niños, desde luego. Me los quedo yo. Sobre eso no hay discusión.

—¡Por el amor de Dios, Kathy...!

—Un momento, Brett, primero tienes que decirme tus tres líneas rojas.

—¡Pero si ya hemos hecho esto un montón de veces!

—No. De este modo no. Quiero que me digas cuáles son tus tres líneas rojas.

—Quiero tener a los niños el día de Acción de Gracias para que puedan comer con mis padres. Eso lo quiero.

—Bien.

—Y libre acceso. O sea que pueda llamar y decir, no sé, «Hola Joey, los Redskins juegan esta noche, ¿quieres que vayamos?». Quiero poder hacer eso sin tener que avisar tres semanas antes. Acceso siempre que quiera.

—Ni hablar...

—Kathy, ahora no. ¿Y la tercera, Brett?

—Es que tengo más.

—He dicho tres.

—Lo que he dicho antes: nada de dinero si ella no se dedica a tiempo completo a los niños.

—¿No te parece que estás diciendo que no a la primera línea roja de Kathy? No puedes anularlas sin más.

—De acuerdo, lo plantearé de otra manera. Pagaré la educación de los niños solo si recibo a cambio de mi dinero un servicio de cinco estrellas. Y eso significa que a los niños los cuide su madre.

—¡Eso no es justo! ¡Estás utilizando a los niños para chantajearme y obligarme a dejar mi profesión!

Y volvieron a la carga, a gritarse el uno al otro y hacer caso omiso de Maggie. «Como en los viejos tiempos», se dijo Maggie sonriendo para sus adentros. Al fin y al cabo estaba acostumbrada a eso, a negociar divorcios entre dos personas que no podían ni mirarse a la cara, que se tiraban al cuello la una de la otra. Una imagen acudió a su cerebro, pero la apartó rápidamente.

Sin embargo, ayudó. Le dio una idea o, mejor dicho, le hizo ver algo en lo que no había reparado hasta ese instante.

—Muy bien, Brett y Kathy. Acabo de tomar una decisión. Estas sesiones se han convertido en un trámite inútil. Son una pérdida de tiempo tanto para vosotros como para mí. Vamos a dejarlo aquí —dijo cerrando de golpe la carpeta que tenía en su regazo.

Las dos personas que tenía delante dejaron de discutir de repente y la miraron. Maggie notó sus miradas, pero no les hizo caso y se dedicó a poner orden en sus papeles.

—No os preocupéis por el papeleo. Llevaré los documentos a las autoridades mañana. Cada uno tiene un abogado, ¿verdad? Sí, claro que sí. Bueno, ellos se encargarán de todo a partir de ahora.

Se levantó, como si se dispusiera a acompañarlos a la puerta.

Brett parecía petrificado; Kathy estaba boquiabierta. Al final, Brett se obligó a hablar.

—No puedes, no puedes hacernos esto.

—¿Hacer qué, exactamente? —Maggie le dio la espalda mientras devolvía el expediente a su lugar en la estantería.

—¡No puedes abandonarnos!

Kathy se unió a su marido.

—Te necesitamos, Maggie. No hay forma de que podamos salir de esta sin tu ayuda.

—Oh, no os preocupéis por eso. Los abogados lo arreglarán. —Maggie siguió moviéndose por el cuarto, evitando el contacto visual. Oyó de nuevo el interfono y el sonido de otra persona o personas entrando y saliendo del apartamento. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Los abogados acabarán con nosotros! —exclamó Brett—. Se quedarán con nuestro dinero y convertirán el asunto en una pesadilla peor de la que ya es.

La cosa funcionaba.

—Escucha, Maggie —rogó Brett—. Nos pondremos de acuerdo. Te lo prometemos, ¿verdad, Kathy?

—Sí, lo prometemos.

—¿Vale? Te lo estamos prometiendo. Lo arreglaremos. Ahora mismo.

—Creo que es demasiado tarde para eso. Establecimos un tiempo para resolver las cosas...

—Oh, Maggie, por favor, no digas eso. —Era Kathy; imploraba—. No queda tanto por arreglar. Ya has oído cuáles son nuestras líneas rojas. No estamos tan alejados.

Maggie se dio la vuelta.

—Os concedo diez minutos.

En realidad tardaron quince. Pero cuando salieron del despacho de Maggie al sol de aquella mañana de septiembre en Washington, Kathy y Brett George habían acordado compartir los gastos del cuidado y la educación de sus hijos de forma proporcional a sus ingresos, Brett pagaría más porque ganaba más, y la contribución de Kathy se reduciría a cero en caso de que dejara de trabajar para ocuparse de los niños. Así pues, él pagaría su parte aunque ella siguiera trabajando. De todas maneras, Kathy tendría un verdadero incentivo para quedarse en casa. Los niños vivirían con su madre en la casa, salvo fines de semana alternos y siempre que a ellos y a su padre les viniera en gana verse. La regla sería que no habría reglas estrictas. Antes de marcharse, abrazaron a Maggie y, para sorpresa de esta, se abrazaron ellos también.

Maggie se dejó caer en un sillón y se permitió una sonrisa de satisfacción. ¿Así era como compensaba lo que había hecho hacía más de un año? ¿Poco a poco, pareja tras pareja, reduciendo la desdicha de este mundo? La idea le resultó reconfortante, durante un par de minutos, hasta que se dio cuenta del tiempo que le llevaría. Para compensar todas las vidas perdidas por su culpa y por ese maldito error, tendría que pasar la eternidad en aquella habitación. Y aun así no sería suficiente.

Miró el reloj. Tenía que ponerse en marcha. Edward estaría esperándola fuera, listo para recorrer todas las tiendas de Washington dedicadas a la casa con la intención de equipar su hogar casi marital.

Abrió la puerta y se llevó una sorpresa. En la pequeña zona que destinaba a sala de espera, hojeando uno de los números atrasados de *Vogue*, estaba sentado un hombre vestido al estilo de Washington. Al igual que Edward, llevaba el uniforme completo de los domingos: camisa, americana azul y mocasines. Maggie no lo reconoció, pero eso no significaba que no lo hubiera visto anteriormente. Ese era uno de los problemas con los hombres de la capital: parecían todos iguales.

—Hola, ¿tiene usted cita?

—No. Se trata de una especie de emergencia. No tardaré.

¿Una emergencia? ¿Qué demonios significaba eso? Avanzó por el pasillo y abrió la puerta de la cocina. Allí Edward estaba firmando en un aparato de recibos electrónico que sostenía un hombre vestido con un mono de trabajo.

—¿Qué está pasando aquí, Edward?

Le pareció que él palidecía.

—Ah, cariño, puedo explicártelo. Tenían que desaparecer. Ocupaban demasiado espacio y lo desorganizaban todo. De modo que lo he hecho. Ya no están.

—¿De qué narices estás hablando?

—De las cajas que has tenido en tu estudio durante casi un año. Me dijiste que las desharías, pero no lo has hecho. Así que este señor tan amable las ha cargado en su camión y ahora van camino del vertedero.

Maggie contempló al hombre del mono, que tenía la vista clavada en el suelo, y comprendió qué había pasado. Pero no pudo creerlo. Pasó hecha una furia ante Edward, y abrió de golpe la puerta del estudio y efectivamente, el rincón estaba vacío. La moqueta donde aquellas dos cajas habían descansado se veía aplastada y presentaba un tono diferente. Volvió corriendo a la cocina.

—¡Cabrón! En esas cajas estaban mis..., mis cartas y fotografías y..., y toda mi puñetera vida, y tú ¿vas y las tiras?

Maggie corrió hasta la puerta, pero el transportista, sin duda

oliéndose problemas, se había largado. Maldiciendo en voz alta, llamó el ascensor una y otra vez.

—¡Vamos, vamos, vamos! —masculló apretando las mandíbulas.

Cuando el ascensor llegó, Maggie deseó que bajara más deprisa. Tan pronto como se detuvo en la planta baja y las puertas empezaron a abrirse, se deslizó por la abertura, corrió hasta la entrada del edificio y salió a la calle. Allí miró a derecha e izquierda, luego de nuevo a la izquierda y entonces lo vio: un camión verde que arrancaba. Corrió cuanto pudo para darle alcance y llegó a estar a pocos metros. Agitaba frenéticamente los brazos, como alguien pidiendo socorro tras un accidente de tráfico. Pero era demasiado tarde. El camión aceleró y desapareció. Todo lo que tenía era un número de teléfono incompleto y lo que creyó que era un nombre: National Removals.

Corrió escalera arriba, cogió el teléfono febrilmente, marcó el número de información con dedos temblorosos y preguntó el teléfono de la empresa. Se lo encontraron y le ofrecieron pasarle la comunicación. Tres timbrazos, cuatro, cinco. Un mensaje grabado: «Lo sentimos, pero todas nuestras oficinas están cerradas en domingo. Nuestro horario comercial es de lunes a viernes...». Si esperaba hasta el día siguiente sería demasiado tarde: habrían destruido las cajas y todo lo que contenían.

Volvió a la cocina y se encontró a Edward de pie, en actitud desafiante.

—Las has tirado —empezó a decir en voz baja.

—En efecto, las he tirado. Hacían que esta casa pareciera un jodido antro de estudiantes. Todos esos trastos, toda esa basura sentimental... Tenías que desprenderte de ella, Maggie. Tienes que seguir adelante.

—Pero, pero... —Maggie no lo miraba, tenía los ojos clavados en el suelo mientras se esforzaba por asimilar lo que había ocurrido. No eran solo las cartas de sus padres, las fotografías de Irlanda, sino también las notas que había tomado durante

negociaciones cruciales, los apuntes privados sobre los líderes rebeldes y los enviados de la ONU. Aquellas cajas contenían el trabajo de su vida. Y en esos momentos iban camino del vertedero.

—Lo he hecho por ti, Maggie. Ese mundo ya no es tu mundo. Ese mundo ha seguido adelante sin ti. Y tú tienes que hacer lo mismo. Tienes que adaptar tu vida a lo que es. Nuestra vida.

Ahí estaba la razón de que esa mañana Edward se hubiera mostrado tan impaciente por que ella se encerrara en su despacho. ¡Y ella que había creído que solo quería que empezara el día con buen pie...! ¡Si hasta le había dado las gracias! Lo cierto era que Edward había procurado que los del transporte acabaran antes de que ella pudiera detenerlos. Por primera vez, Maggie le sostuvo la mirada. Despacio y en voz baja, como si le costara creer sus propias palabras, dijo:

—Quieres destruir lo que soy.

Él la miró inexpresivamente; luego señaló con la cabeza el otro extremo del apartamento.

—Creo que te están esperando —contestó en un tono frío como el hielo.

Maggie salió casi tambaleándose, incapaz de asimilar lo sucedido. ¿Cómo podía haber hecho algo así sin pedirle permiso, sin consultarle siquiera? ¿Odiaba a la Maggie Costello que conoció tiempo atrás hasta el punto de desear borrar todo rastro suyo y sustituirla por alguien diferente, gris y servil?

Entró en la zona que hacía de sala de espera con la cabeza dándole vueltas. El hombre de la americana azul seguía allí. En esos momentos hojeaba las páginas del *Atlantic Monthly*.

—¿Es un mal momento? Lo siento.

—No, no —repuso Maggie con voz apenas audible, y preguntó maquinalmente—: ¿Su mujer está de camino?

El hombre hizo una curiosa mueca.

—No debería tardar en llegar.

Maggie le indicó que pasara a la consulta.

—Dijo usted que se trataba de una emergencia... —Intentó recordar el caso, averiguar si era uno de los pocos clientes a los que había dicho que podían ponerse en contacto con ella en domingo.

—Sí. Verá, mi problema es que me cuesta mucho adaptarme.

—¿A qué?

—A la vida de aquí. A la normalidad.

—¿Dónde estaba usted antes?

—En todas partes, viajando de un lugar problemático a otro. Siempre intentando hacer el bien, siempre intentando que el mundo fuera un lugar mejor y toda esa mierda.

—¿Es usted médico?

—De alguna manera podría decirse que sí. Intento salvar vidas.

Maggie notó que sus músculos se tensaban.

—Y ahora ha vuelto a casa y le cuesta adaptarse...

—¡A casa! Menuda broma. Ya no sé qué es eso que llaman «casa». No soy de Washington. Hace casi veinte años que no he estado en mi ciudad. Siempre en la carretera, en aviones, en habitaciones de hotel, durmiendo en cualquier sitio...

—Pero esa no es la razón por la que le está resultando tan difícil adaptarse, ¿no?

—No. Creo que echo de menos la adrenalina, la emoción. Suena fatal, ¿verdad?

—Siga.

Maggie estaba recordando todo lo que había en aquellas cajas. Una carta manuscrita que había recibido del primer ministro británico dándole las gracias después de las conversaciones de Kosovo. Una foto que guardaba como un tesoro del hombre al que había amado a los veintitantos.

—Antes, todo lo que hacía parecía tan importante... Las apuestas eran muy altas. En cambio ahora nada se le parece ni remotamente. Todo es tan banal...

Miró fijamente al hombre. Las palabras salían de sus labios

pero sus ojos eran fríos e indiferentes. Empezó a sentirse incómoda en su presencia.

—¿Puede decirme algo más sobre el trabajo que estaba haciendo?

—Empecé con una organización de ayuda humanitaria en África. Trabajé con la gente de allí durante una guerra civil particularmente cruenta. De alguna manera, en realidad por casualidad, acabé siendo una de las pocas personas que podía hablar con ambos bandos. Naciones Unidas empezó a utilizarme como mediador, y yo les conseguí resultados.

Maggie se estremeció. Su cerebro daba vueltas a toda velocidad, y se preguntó si debía llamar a Edward, aunque eso era lo último que deseaba hacer.

—Al final me convertí en una especie de mediador profesional. El gobierno de Estados Unidos me contrató para que interviniera en un proceso de paz que estaba bloqueado. A partir de ahí, una cosa llevó a la otra y acabaron mandándome por todo el mundo, a conversaciones de paz que habían encallado. Me llamaban el Telonero porque yo era quien acababa cerrando los acuerdos.

¿Y si salía corriendo? Pero algo le dijo que no mirara siquiera la puerta. No quería de ningún modo provocar a aquel hombre.

—¿Qué ocurrió entonces? —Su voz no delataba nada, salvo años de práctica.

—Yo era el mejor en mi campo. Estuve en todas partes, en Belgrado, Bagdad, volví a África...

Maggie tragó saliva.

—Entonces cometí un error.

—¿Dónde?

—En África.

Maggie no alzó la voz ni siquiera cuando dijo:

—¿Quién demonios es usted?

—Creo que ya sabe quién soy.

—No. No lo sé. Dígame quién es y a qué está jugando. Dígame ahora mismo o llamaré a la policía.

—Usted sabe quién soy, Maggie. Lo sabe perfectamente. Yo soy usted.